

**CONTINUACIÓN**…

**CAPÍTULO CUAR­TO: AL­GU­NAS NO­TAS DE LA SAN­TI­DAD EN EL MUNDO ACTUAL**

1. Me­dios de san­ti­fi­ca­ción: dis­tin­tos mé­to­dos de ora­ción, los sa­cra­men­tos de la Eu­ca­ris­tía y la Re­con­ci­lia­ción, la ofren­da de sa­cri­fi­cios, las di­ver­sas for­mas de de­vo­ción, la di­rec­ción es­pi­ri­tual, y tan­tos otros.
2. Cin­co gran­des ma­ni­fes­ta­cio­nes del amor a Dios y al pró­ji­mo que con­si­de­ro de par­ti­cu­lar im­por­tan­cia, de­bi­do a al­gu­nos ries­gos y lí­mi­tes de la cul­tu­ra de hoy. En ella se ma­ni­fies­tan: la an­sie­dad ner­vio­sa y vio­len­ta que nos dis­per­sa y nos de­bi­li­ta; la ne­ga­ti­vi­dad y la tris­te­za; la ace­dia có­mo­da, con­su­mis­ta y egoís­ta; el in­di­vi­dua­lis­mo, y tan­tas for­mas de fal­sa es­pi­ri­tua­li­dad sin en­cuen­tro con Dios que reinan en el mer­ca­do re­li­gio­so ac­tual.

AGUAN­TE, PA­CIEN­CIA Y MAN­SE­DUM­BRE

1. Estar centrado en torno a Dios que ama y que sostiene. El testimonio de santidad, está hecho de paciencia y constancia en el bien. Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios también puede ser fiel frente a los hermanos, no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas.
2. Hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se arraiguen: “Si os indignáis, no lleguéis a pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira”.
3. También los cristianos pueden formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digitales. “No levantar falso testimonio ni mentir”.
4. La firmeza interior, obra de la gracia, nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social. **El santo es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal**, que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás, sino que los considera como superiores a uno mismo.
5. No nos hace bien mirar desde arriba, colocarnos en el lugar de jueces sin piedad, considerar a los otros como indignos y pretender dar lecciones permanentemente.
6. La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones.
7. Me refiero a las humillaciones cotidianas de aquello que evitan hablar bien de sí mismos y prefieren exaltar a otros, eligen las tareas menos brillantes e incluso a veces prefieren soportar algo injusto para ofrecerlo al Señor.
8. La humillación, camino para imitar a Jesús y crecer en la unión el él. “Señor, cuando lleguen las humillaciones, ayúdame a sentir que estoy detrás de ti, en tu camino”.

ALEGRÍA Y SEN­TI­DO DEL HU­MOR

1. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es “gozo en el Espíritu Santo”.
2. Nada puede destruir la alegría sobrenatural, que se “adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza persona de ser infinitamente amado, más allá de todo”.
3. “Hijo, en cuanto te sea posible, cuida de ti mismo… No te prives de pasar un día feliz”. Nos quiere positivos, agradecidos.
4. Alegría que se vive en comunión, que se comparte y se reparte. El amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros.

AU­DA­CIA Y FER­VOR

1. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo parresía, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás.
2. Carencia de *parresía*: “Falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro”. El Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas. **Gastar nuestra vida en su servicio.** Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros.
3. Su compasión lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar. Somos frágiles, pero portadores de un tesoro que nos hace grandes y que puede hacer más buenos y felices a quienes lo reciban.
4. La *parresía* es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio.
5. Necesitamos el empuje del Espíritu.
6. Dios nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. Él va siempre más allá de nuestros esquemas. **Él mismo se hizo periferia**. Si no atrevemos, allí lo encontraremos, él ya estará allí.
7. Es verdad que hay que abrir la puerta del corazón a Jesucristo, porque él golpea y llama. A veces me pregunto si, por el aire irrespirable de nuestra autorreferencialidad, Jesús no estará ya dentro de nosotros golpeando para que lo dejemos salir.
8. A causa de ese acostumbrarnos ya no nos enfrentamos al mal y permitimos que las cosas “sean lo que son” o lo que algunos han decidido que sean. Dejemos que el Señor venga a despertarnos. Abramos el corazón, para dejarnos descolocar por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado.
9. La Iglesia necesita misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante.
10. Dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado.

EN CO­MU­NI­DAD

1. Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados.
2. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Hay matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual. San Juan de la Cruz: estás viviendo con otros “para que le labren y ejerciten”.
3. Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera.
4. La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor (las palabras adecuadas, dichas en el momento justo, protegen y alimentan el amor día tras día), es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre.
5. Nuestro camino de Santificación. “Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti”.

EN ORA­CIÓN CONS­TAN­TE

1. La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios.
2. San Juan de la Cruz recomendaba “procurar andar siempre en la presencia de Dios, sea real, imaginaria o unitiva, de acuerdo con lo que le permitan las obras que esté haciendo”. “Siempre ande deseando a Dios y apegando a él su corazón”.
3. Son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él. Santa Teresa de Ávila: “Tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama”. La oración confiada es una reacción del corazón que se abre a Dios frente a frente, donde se hacen callar todos los rumores para escuchar la suave voz del Señor que resuena en el silencio.
4. En ese silencio es posible discernir, a la luz del Espíritu, los caminos de santidad que el Señor nos propone. Es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de él, siempre aprender.
5. “Es la contemplación del Rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad. Si no le permites que él alimente el calor de su amor y de su ternura, no tendrás fuego. Penetra en las entrañas del Señor, entra en sus llagas, porque allí tiene su sede la misericordia divina.
6. Traigamos a la memoria todos los beneficios que hemos recibido del Señor. Mira tu historia cuando ores y en ella encontrarás tanta misericordia.
7. La suplica es expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que solo no puede. La **oración de petición**, nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza. La **súplica de intercesión**, acto de confianza en Dios, expresión de amor al prójimo.
8. **Adorarlo** en un silencio lleno de admiración o de cantarle en festiva alabanza.
9. **Lectura orante de la Palabra**. La Palabra tiene en sí el poder para transformar las vidas.
10. **El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía**.

**CAPÍTULO QUIN­TO: COM­BA­TE, VI­GI­LAN­CIA Y DIS­CER­NI­MIEN­TO**

1. Se re­quie­ren fuer­za y va­len­tía para re­sis­tir las ten­ta­cio­nes del dia­blo y anun­ciar el Evan­ge­lio.

EL COM­BA­TE Y LA VI­GI­LAN­CIA

1. No se tra­ta solo de un com­ba­te con­tra el mun­do y la men­ta­li­dad mun­da­na. A una lu­cha con­tra la pro­pia fra­gi­li­dad y las pro­pias in­cli­na­cio­nes. Es tam­bién una lu­cha cons­tan­te con­tra el dia­blo. Je­sús mis­mo fes­te­ja nues­tras vic­to­rias.

Algo más que un mito

1. Convicción de que este poder maligno está entre nosotros. Cuando Jesús nos dejó el Padre Nuestro quiso que termináramos pidiendo al Padre que nos libere del Malo.
2. Él no ne­ce­si­ta po­seer­nos. Nos en­ve­ne­na con el odio, con la tris­te­za, con la en­vi­dia, con los vi­cios. Y así, mien­tras no­so­tros ba­ja­mos la guar­dia, él apro­ve­cha para des­truir nues­tra vida.

Des­pier­tos y con­fia­dos

1. “Afrontar las asechanzas del diablo”. Nues­tro ca­mino ha­cia la san­ti­dad es tam­bién una lu­cha cons­tan­te. Para el com­ba­te te­ne­mos las ar­mas po­de­ro­sas que el Se­ñor nos da: la fe que se ex­pre­sa en la ora­ción, la me­di­ta­ción de la Pa­la­bra de Dios, la ce­le­bra­ción de la Misa, la ado­ra­ción eu­ca­rís­ti­ca, la re­con­ci­lia­ción sa­cra­men­tal, las obras de ca­ri­dad, la vida co­mu­ni­ta­ria, el em­pe­ño mi­sio­ne­ro.
2. El desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal.

La co­rrup­ción es­pi­ri­tual

1. Quie­nes sien­ten que no co­me­ten fal­tas gra­ves con­tra la Ley de Dios, pue­den des­cui­dar­se en una es­pe­cie de aton­ta­mien­to o ador­me­ci­mien­to.
2. La corrupción espiritual se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito.

EL DIS­CER­NI­MIEN­TO

1. Si lo pe­di­mos con­fia­da­men­te al Es­pí­ri­tu San­to, y al mis­mo tiem­po nos es­for­za­mos por desa­rro­llar­lo con la ora­ción, la re­fle­xión, la lec­tu­ra y el buen con­se­jo, se­gu­ra­men­te po­dre­mos cre­cer en esta ca­pa­ci­dad es­pi­ri­tual.

Una ne­ce­si­dad im­pe­rio­sa

1. Sin la sa­bi­du­ría del dis­cer­ni­mien­to po­de­mos con­ver­tir­nos fá­cil­men­te en ma­rio­ne­tas a mer­ced de las ten­den­cias del mo­men­to.
2. Somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero él nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros y lo que sucede dentro de nosotros, para reconocer los caminos de la libertad plena.

Siem­pre a la luz del Se­ñor

1. El dis­cer­ni­mien­to es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace fal­ta siem­pre para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios. Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones.

Un don so­bre­na­tu­ral

1. El discernimiento espiritual no excluye los aportes de sabiduría humana, existenciales, psicológicas, sociológicas o morales, las trasciende. El discernimiento es una gracia. Conduce a la fuente misma de la vida que no muere: conocer al Padre.
2. Si bien el Se­ñor nos ha­bla de mo­dos muy va­ria­dos en me­dio de nues­tro tra­ba­jo, a tra­vés de los de­más, y en todo mo­men­to, no es po­si­ble pres­cin­dir del si­len­cio de la ora­ción de­te­ni­da para per­ci­bir me­jor ese len­gua­je, para in­ter­pre­tar el sig­ni­fi­ca­do real de las ins­pi­ra­cio­nes que creí­mos re­ci­bir.

Ha­bla, Se­ñor

1. Solo quien está dis­pues­to a es­cu­char tie­ne la li­ber­tad para re­nun­ciar a su pro­pio pun­to de vis­ta par­cial o in­su­fi­cien­te, a sus cos­tum­bres, a sus es­que­mas.
2. Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio.

La ló­gi­ca del don y de la cruz

1. Educarse en la paciencia de dios y en sus tiempos que nunca son los nuestros.
2. Hace fal­ta pe­dir­le al Es­pí­ri­tu San­to que nos li­be­re y que ex­pul­se ese mie­do que nos lle­va a ve­dar­le su en­tra­da en al­gu­nos as­pec­tos de la pro­pia vida. El dis­cer­ni­mien­to es una ver­da­de­ra sa­li­da de no­so­tros mis­mos ha­cia el mis­te­rio de Dios, que nos ayu­da a vi­vir la mi­sión a la cual nos ha lla­ma­do para el bien de los her­ma­nos.
3. **Ma­ría** vi­vió como na­die las bie­na­ven­tu­ran­zas de Je­sús. Ella es la que se es­tre­me­cía de gozo en la pre­sen­cia de Dios, la que con­ser­va­ba todo en su co­ra­zón y se dejó atra­ve­sar por la es­pa­da. **Es la san­ta en­tre los san­tos, la que nos en­se­ña el ca­mino de la san­ti­dad y nos acom­pa­ña.** “Dios te salve María…”
4. Pi­da­mos que el Es­pí­ri­tu San­to in­fun­da en no­so­tros un in­ten­so an­he­lo de ser san­tos para la ma­yor glo­ria de Dios y alen­té­mo­nos unos a otros en este in­ten­to.

**PRACTICA SEMANAL**: Hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero “examen de conciencia” concluyendo con un “Ave María”.